

CLARIDAD

Periódico de Sociología, Crítica y Actualidades

Redacción y Administración: Agustinas 728. Santiago

Dirección Postal: Casilla 3323

Aparece los Sábados

Precio: 20 Centavos

AÑO IV

SANTIAGO, OCTUBRE 6 DE 1929

NUM. 108



EL CARTEL DE HOY

BENLLOCH

Pocas veces nos hemos encontrado en este país—de liberales beatos y de radicales con olor a sacristía—ante una amenaza mayor para el desenvolvimiento de las ideas liberales, que esta que encarna la venida a Chile del cardenal Benlloch, portavoz autorizado de todo lo que significa atraso, ignorancia, hipocresía e incivilidad, en la tierra que Primo de Rivera acaba de hollar con su bota insolente de militarote afortunado y audaz.

Los elementos clericales, que aquí como en todas partes se han opuesto siempre al avance de cuanto significa demostración de progreso, cultura y vida liberal; que tienen por única misión enclaustrar el pensamiento humano en los límites mezquinos y estrechos del dogma, han importado al señor Benlloch, comanditario de la empresa que en nombre de Jesús explota el purpurado romano, con el objeto de conseguir el fortalecimiento de la fe que el pueblo chileno ha perdido casi por completo.

Los reaccionarios se han dicho: "Hay que concluir con el imperio de la razón y el dominio del derecho. Hay que reavivar la creencia, hay que obtener nuevamente que el hombre se incline frente a los ritos y paramentos litúrgicos de nuestras iglesias". . . ¡Cristo debe reinar en todos los corazones! Y sin duda alguna realizarán estos propósitos.

Cuentan a su favor con el asentimiento de las fuerzas liberales, la complicidad de los políticos radicales—que sólo hablan de la separación de la Iglesia y el Estado con fines exclusivamente eleccionarios—la benevolencia del gobierno claudicante del señor Alessandri, y la falta de combatividad que distingue hoy a las organizaciones obreras.

De ninguna parte florece la protesta airada, el grito rebelde que debe esta regresión hacia el período más torvo y siniestro de la historia.

En esta desoladora y angustiosa emergencia ¿quién nos dice que el día de mañana no tengamos que colgar escapularios para poder vivir?

ARISTIDES

LA REACCION EN ESPAÑA

La tierra de Unamuno y de Baroja ha sido sacudida por una revolución, revolución alentada por el rey y llevada a cabo por militares deseosos de figurar y de surgir.

Impulsados por intereses pequeños, faltos de ideales nobles y altos, cambiaron hombres de gobierno y hoy día la España se ve sumida en una dictadura y dictadura militar, con todos sus errores y arbitrariedades, con todos los efectos dañinos que son lógicos en tal régimen.

Primo de Rivera hombre hábil quizá, supo darle a este movimiento un tinte libertador pero también basado en la fuerza bruta de las bayonetas ha principiado a castrar libertades, a fusilar soldados, a sembrar de fusiles los campos donde antes florecía la paz que, aunque convencional, nunca se vió en tal peligro como en el de hoy día.

Este régimen de fuerza ya ha principiado a mostrar sus frutos y así vemos cómo al pueblo catalán, pueblo que tiene glorioso pasado en el arte como en el comercio, se le priva de sus costumbres, de su lenguaje y de sus escuelas. Se le trata de privar de sus ideas a la fuerza, pero el cerebro militarizado de Primo de Rivera no alcanza a comprender que la libertad deseada no se marcha sino cuando haya muerto el último de sus hombres. Cataluña, país que cual Irlanda soportó la bota militar de la nación dominante, no tardará en sacudir su yugo, borrando la afrenta humillante, para levantarse orgullosa entre sus hermanas de la humanidad.

Los militares no han olvidado que su vida depende de la baja del régimen actual y han formado en toda España el famoso "somatén", verdadera "guardia blanca" que en el momento oportuno sabrá balear obreros indefensos que aspiren llegar a un régimen de menos maldad, de más justicia y amor.

Así como el régimen de Mussolini en Italia cuenta con la ayuda de dos capitalistas de ese país, la dictadura militar española, estoy seguro, contará con la ayuda fiel y continua de los capitalistas españoles. Saben estos últimos que en este régimen no serán molestados con huelgas, que podrán abusar enanto les plazca, que podrán asesinar a cabezillas revolucionarios de verdad, y de allí el apoyo enorme que tendrán los militares en los explotadores del obrero español.

No tardaremos en saber cómo los comunistas o sindicalistas de España son asesinados en plena calle, cómo la juventud es llevada cual rebaño a los cuarteles, cómo la sangre regará la hermosa tierra española.

En Italia pasó ya esto y aun hoy sigue la carnicería humana. Murieron por millares los hombres que pensaban, que no se humillaban ante el poder. Así en España veremos, también, cómo funcionará la guillotina militar para los rebeldes españoles, sembrando la ruina en humildes hogares de obreros; veremos cómo a los intelectuales se les encarcelará porque dicen lo que sienten y, quizá, de nuevo Unamuno visitará la cárcel por decir verdades sobre un rey imbécil.

Pero todo sacrificio no es perdido. La sangre de esos héroes ignorados dará fuerza a la tierra libertaria y surgirán de nuevo con mayor ímpetu las ideas de redención para hundir para siempre la ruindad actual. Se hará la gran revolución, la verdadera y grande, impulsada por los intelectuales en vez de las máquinas de cuartel que impulsa a la actual, y sembrarán en los campos su simiente nueva, sacarán las malezas para echarlas al fuego destructor, y veremos esos campos, ayer estériles, llenos de espigas doradas y de verdes árboles cuyos frutos hermosos serán gustados por todos, sin excepción alguna.

El mundo burgués gritará congestionado, dirá que los revolucionarios son sangrientos, que la fuerza es el arma del bruto, pero no se darán la molestia de mirar hacia el pasado para ver que la fuerza fué empleada por ellos primero, que la revolución fué a veces su salvación y que el asesinato fué su oración diaria ante el becerro de oro, que es su Dios. No recordarán las víctimas despedazadas ante el altar de las guerras estériles impulsadas por intereses de los negociantes; no recordarán Marruecos, ni a los moros defensores de su suelo, ni recordarán la miseria que el obrero y el empleado tuvo que soportar durante los crímenes de Dios Marte. Gritarán rudo; sus prensas darán noticias falsas y pintarán a los apóstoles con caras de dragón, pero esos gritos y esos arrebatos serán tardíos, pues la libertad cubrirá con sus alas radiantes los lugares hermosos donde la justicia haya impregnado los aires de dulce perfume y los hombres vivan como hermanos, sin luchas fatuosas ni ejércitos inútiles.

ELLA

Atolondradamente, vivía su adolescencia reidora en el humilde pueblo de mi niñez. Yo sólo la conocía de lejos. Apenas si en dos o tres ocasiones le dirigí la palabra. Sin embargo, me sé de memoria sus gestos, infantilmente pueriles, y llenos para mí de una trascendente significación; sin embargo, distinguiría, en una muchedumbre, su silueta de mujercita hermosa, igual a la silueta de todas las pequeñas mujeres hermosas; y, entre mil voces que me llamaran, reconocería la suya, cristalina, clara, dulcemente aborizada y dominadora.

Nunca gocé de su intimidad, por suerte. La intimidad habría destrozado mi amor, como me ha destrozado tantos otros. Lejos de su presencia, yo divinizaba su vida sencilla, aureolada de romanticismo provinciano. La llevaba en mí mismo, como un eco, como un perfume, como un dulce pensamiento de felicidad. Por eso, Ella vive, más alta que todas, en mis recuerdos; cubre, como un vasto cielo puro, mi pasado inocente, y se prolonga infinitamente en todos los caminos que recorro. Por eso tiene sobre las demás mujeres de mis recuerdos, la vaga superioridad de lo ideal, de lo que casi fué y todavía espera ser. Por eso es Ella, entre ellas.

No era bonita; era algo más que eso. Era, sobre un gracioso cuerpo, un rostro gracioso; una cabellera negra y abundante sombreándolo levemente; era, sobre todo, unos ojos profundos y oscuros, y la risa de una boca pequeña, pequeña y roja como su co-

razón. Ella alegraba la monotonía del vivir poblano, desarrugaba el ceño de las cosas vulgares, y ponía estremecimientos de júbilo en el ambiente pesado y quieto. En las noches estrelladas del pueblo, era, para mis ojos, la estrella más bella y más lejana.

Aquel día de Carnaval, llevaba un traje amarillo de japonsita. Resultaba una divina musmé adolescente, con sus ojos, que un sabio toque de carbón hacía dulcemente oblicuos, y con su peinado alto que coronaba un hermoso crisantemo pálido. La he vuelto a encontrar, tal como entonces, en ciertas páginas transparentes de Loti y en el rincón de un paisaje de abanico, florecido de crisantemos y lotos, y con un fondo de encantadas montañas azules.

La ví por última vez el mismo día en que yo marchaba de mi pueblo, acaso para siempre. La miré más bella que nunca, más bella porque acaso ya nunca la volvería a mirar. La visión duró sólo algunos segundos, pero aun queda en mis ojos la sombra de su ser, el eco, el perfume de Ella. Después, fué la afanada inquietud de mi viaje, la bulliciosa marcha del tren, las praderas eglogicas que pasan, la loca fuga de árboles y de paisajes, y la llegada a la ciudad nueva, desconocida, turbadora. Después, la vida.

Romeo MURGA.

¡Descubramonos reverentes ante las víctimas de hoy, pero alberguemos en nuestros corazones la fe y la esperanza que traerá días mejores a la humanidad doliente!

Juio ALTMANN S.
Concepción.

NOTAS

LA CONFERENCIA DEL LUNES PROXIMO

Joaquín Edwards Bello hablará sobre el fascismo

En el Teatro Esmeralda se dará el Lunes 8 de Octubre una importante conferencia social, organizada bajo los auspicios de la institución que reúne a los empleados de comercio de Santiago.

La conferencia será pronunciada por el conocido periodista D. Joaquín Edwards Bello, cuyas recientes publicaciones sobre el fascismo y el movimiento militar de España han causado sensación entre nosotros, ya que ellas más o menos paladinamente arrastran a pensar en que hay cierto número de personas en Chile—entre las cuales el autor de "El Roto" se cuenta—que desean para los males de nuestro país un cauterio semejante al de Italia y España.

Seguramente esta conferencia,

que se efectuará a las nueve y media de la noche del día indicado, atraerá un público numerosísimo. Las entradas se encuentran a la venta en el Centro Español, Restaurant "La Goleta" y Zapaterías "El Soviet", San Diego 428 y 658.

NUESTRO NUMERO EXTRAORDINARIO DE PRIMAVERA

Hemos anunciado ya un número extraordinario para la semana de las Fiestas de la Primavera, ya tan cercanas. Esta edición tendrá una cantidad especial de páginas de lectura y llevará grabados de actualidad y alusivos a la Fiesta que la juventud celebra. El material para este número será escogidísimo y llevará firmas prestigiosas de nuestros escritores y artistas. Podemos anunciar desde ya artículos y versos especialmente escritos para esta edición de "Claridad" por Armando Donoso, Hernán Díaz Arrieta, Fernando Santiván, María Monvel, Joaquín Cifuentes Sepúlveda, Roberto Meza Fuentes, Pablo Neruda, Romeo Murga, Rubén Azócar, etcétera.

El precio de este número extraordinario será el corriente de veinte centavos. Para los agentes de provincias sería interesante hacer con tiempo sus pedidos de esta edición especial que ha despertado gran entusiasmo en los círculos de nuestros lectores.



Ediciones 'Cosmos'

CASILLA 3749 — SANTIAGO

EN VENTA

VIDAS MINIMAS

De González Vera

Precio \$ 2.50 Provincias 2.80

CARTELES

De R. González Pacheco

Precio \$ 0.50 Provincias 0.70

FIGURAS DE AGITADORES

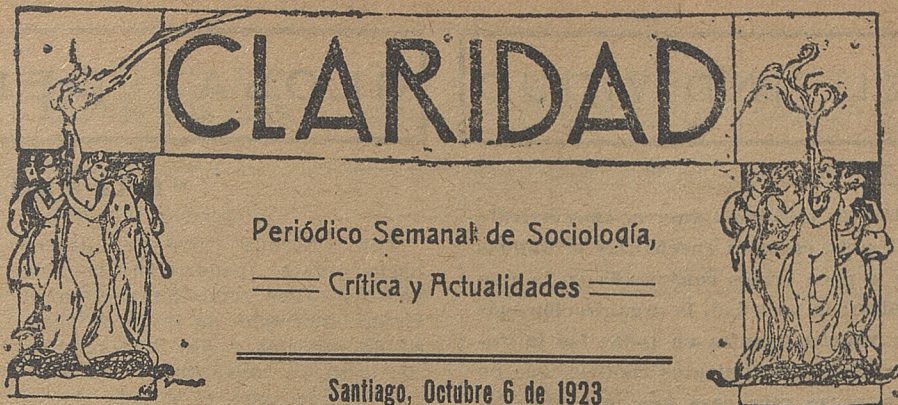
De Santiago Labarca

Precio \$ 1.00

AGENTES 25 POR CIENTO DESCUENTO

“CLARIDAD”

necesita el apoyo
espiritual y material
de los
hombres libres.



CLARIDAD no tiene opinión oficial
Su única norma es la libertad, el respeto a todas las ideas.
Su objeto es constituir la más amplia tribuna ideológica, a fin de ir creando conciencia en los individuos.
Cada uno de los artículos que publica revela el sentir y pensar de su autor.

LA REACCION CLERICAL

LA VISITA DEL CARDENAL BENLLOCH

Desde hace algunos días es huésped oficial de la República, el cardenal Juan Benlloch, personero, entre nosotros, de la anquilótica monarquía española y del Papado. A pesar del significado de su misión, los poderes públicos le han rendido inusitada pleitesía. Al paso del dignatario purpurado y moftetudo, una ola de fervor ha sacudido el alma gregaria y genuflexa de las multitudes. La creencia, soterrada bajo la cotidiana indiferencia, ha palpitado, rediviva, en el batir de palmas y en el trémolo litúrgico de las salmodias. Lo vimos a su llegada, cuando el río humano se abrió ante su eminencia, como las aguas del Jordán ante el pueblo elegido.

¿De dónde viene el cardenal Benlloch? ¿De allí donde el mar? No. Viene del fondo del pasado. Es de esa misma estirpe sombría, torva y sinuosa que desde el comienzo de nuestra era viene emporcando la pura y simple doctrina del Cristo, levantando obstáculos en el perfeccionamiento de la libertad y la aplicación de la justicia; denigrando las conquistas de la razón, y pretendiendo ahorrojar en las prisiones del dogma, los imperativos de la verdad. Miradlo bien. Es uno de ellos. Es el enemigo. Detrás de la sonrisa y de la teatralidad protocolares, está la voracidad del proselitismo, la condescendencia histórica, la intransigencia irremediable y avasallante de los que todavía sueñan con crucificar sobre todos los prejuicios el brío de la conciencia libre, la dignidad del pensamiento y la práctica progresiva de los principios republicanos.

El espíritu medioeval aplastado bajo las construcciones aparentemente firmes de la cultura moderna, revive con intensidad peligrosa. En todos los órdenes de la vida social y política se trata de volver atrás. Hay desconcierto. Hoy, el elemento que apoya con acción enérgica y constante un cuerpo compacto de doctrinas, tiene que triunfar. La Iglesia Católica es hábil y ha elegido el momento expectante para inocular el virus reaccionario. Como un día Brunetiere proclamó la bancarrota de la ciencia, la Iglesia proclama ahora, la bancarrota de la democracia. Apoya, en Italia, el fascismo, robustece en España con sus influencias increíbles el estúpido movimiento de Primo de Rivera. En la América ingenua tiende sus redes en la expectativa de próximas supremacías. ¿Quién, con una mediana visión de las circunstancias y de nuestra realidad social y política, se atreverá a decir, por ejemplo, que en Chile el problema del clericalismo es algo pasado que no conviene resucitar? Esa actitud es imbecil. Eso es entregarse, como reses a la dominación. La indiferencia es culpabilidad. El clericalismo, entre nosotros, se hace sentir en todas partes; es la fuerza negativa más compacta, más laboriosa y más peligrosa de todas las que minan el organismo nacional.

Congresos repetidos, afirman la confianza en el ideal común. Una propaganda pertinaz se filtra en la educación pública, en la asistencia social, en el hogar, en el cuartel. Y están solos, nadie opone la obligada resistencia. Trabajan el campo libre. Y nosotros los que queremos escupirles al rostro su impudicia y la protesta de la verdad, no tenemos medio al-

guno. Porque en Chile no hay ni siquiera prensa honrada que comprenda su misión. Los grandes diarios son empresas comerciales.

Algunos hay que se dicen liberales, y esos, movidos acaso por un vestigio de pudor doctrinario, por no aparecer en cueros ante los que necesitan mantener gratos por asuntos de banderías, inventan triquiñuelas grotescas, para poder halagar la basura empurpurada y besuqueante que nos envía la empresa Pío XI y Cía.

“Ustedes están equivocados—dicen—; nosotros saludamos, no al enviado del Vaticano sino al mensajero del rey de España” ¡Cómo si con eso se salvara algo! La República no debe inclinarse ante sus adversarios solapados. Aquí y allá y en todas partes, contra el Papa y contra el Rey.

Es necesario definir posiciones. Es urgente dar una batida implacable a los últimos reductos del oscurantismo clerical, limpiar completamente de su ingerencia la educación, alejarla de los hospitales, quebrantar su altanería de secta, establecer por la laicización integral del Estado, la verdadera tolerancia. Hoy más que nunca, es preciso obrar. Ellos trabajan, siembran, mueven voluntades, aumentan de nuevo su esfera de influencias. Nosotros, nos inhibimos en la estéril contemplación de los ideales; somos indiferentes al instante que pasa, al presente, a la actividad de cada día que es la que hace, al fin, los grandes acontecimientos. No sentimos la responsabilidad del porvenir. En Europa se desmoronan las institucio-

ciones democráticas al empuje de la reacción. En América siempre se ha imitado a Europa. La unión católica es aquí la primera organizada. Hay que combatirla. Hay que destruirla por la salud del pueblo. El Cardenal Benlloch no viene sólo a consagrar una basílica. Viene a renovar el fervor, a sacudir proselitismos dormidos, a unir más el rebaño clerical en torno a propósitos inmediatos. Pero debe saber, es imperativo que sepa el Eminentísimo señor Cardenal, que en Chile, cunden cada día los heresiarcas que ven en cada sota-na un peligro para la libertad y una mofa de la razón soberana.

“El Diario Ilustrado” decía: “Chile es un país católico.” Aparentemente católico tal vez. Y esto debido a la indiferencia de los que pueden combatir a nuestro vicio colectivo por excelencia: la apatía.

En Chile, doctrinariamente, sólo trabajan los católicos. Pero no está lejano el día en que la imbecilidad clerical y reaccionaria se haga tan asfixiante que produzca —¡al fin!—la explosión de cólera que ha de aventar a los inútiles, a los menguados, a los que tratan de ahogar el futuro en el pantano del pasado.

Juan CRISTOBAL.

Suscripciones a Claridad

Chile	
Por un año.....	\$ 10.00
Por medio año.....	5.00
Exterior	
Por un año.....	15.00

Colecciones completas del año 1921 se encuentran a la venta al precio de 10 pesos cada una.

Toda correspondencia dirijase a
CARLOS CARO
Casilla 3323 — Santiago

“CLARIDAD”

Ha trasladado sus Oficinas a su nuevo local

Agustinas 728

RETORNO DEL INDIVIDUO

Escrito a raíz de la terminación de la última guerra, este artículo vigoroso y lleno de máximas cualidades, encierra enseñanzas profundas y sintetiza una previsión que poco a poco vemos consumada en la realidad. Vivimos los días del individuo: la sociedad, la organización más o menos artificial se encuentra a prueba y sufre en todas las latitudes ominosos reveses. Los diversos acontecimientos caóticos que en la política mundial se suceden, ¿son acaso otra cosa que manifestaciones de este "retorno" a que Araquistain alude con tanta convicción?

La vieja disputa sobre si correspondía al individuo el primado sobre la sociedad, o a la sociedad el primado sobre el individuo, debatía un falso problema. El hombre es individual y social al propio tiempo; más individual; más de él mismo, en ciertos momentos del día y en ciertas épocas de su vida—en la infancia y en la senectud, por ejemplo—y más social, más de otros, en otros instantes. La existencia plena del individuo y de la sociedad ha de hallarse en un perfecto equilibrio de esas dos fuerzas que se atraen y repelen constantemente.

Hay períodos de la historia en que la sociedad absorbe al individuo. En las sociedades jóvenes, ávidas de crecimiento y grandeza, la personalidad del individuo se borra y confunde con el conjunto. Apenas existe el individuo sino como realidad física. Lo común es más fuerte que lo individual y lo anula. Las ideas políticas, los sentimientos religiosos, los gustos artísticos, los fines de utilidad, todo es semejante en todos los individuos, hasta los gestos, el lenguaje y las modas. Muchos observadores superficiales suelen deducir de esta semejanza en los individuos de ciertos pueblos juveniles—algunos de América, por ejemplo—que carecen de aptitud para producir vigorosas y abundantes personalidades. Error. Es que todavía, al individuo, sometido al imperio ineludible de una sociedad llena de vida nueva, no le ha llegado la hora. La diferencia, el nacimiento de la personalidad individual, sobreviene más tarde, cuando la sociedad alcanza la madurez y deja de desarrollarse o se desarrolla suavemente.

Otro período fatal para el individuo, el más trágico de todos, es el de una guerra. La sociedad en peligro absorbe por entero entonces al individuo. Su vida, su hacienda, su hogar, sus emociones, su existencia interior, su ideología, todos los hilos de su personalidad desaparecen en el denso tejido social. El individuo es una minúscula tuercita en la máquina de matar. Toda la herencia espiritual y material que los siglos habían acumulado en él se extingue de pronto, y el hombre es como el primer salto zoológico sobre el gorila; su personalidad se rebaja a la categoría de la del primer habitante humano del paraíso.

Cuanto más cruenta y cuantiosa una guerra, mayor es la esfumación del individuo. La guerra de los Cinco Años, que acaba de cesar ha sido, para el individuo, la más aniquiladora de todas y, por tanto, la más trágica, espiritualmente, porque nunca fué el hombre a matar o morir con una per-

sonalidad más rica, más plena de conocimiento, de sensibilidad, de confianza en sí mismo, de gusto por las dulzuras de la vida. Y nunca fué mayor, a la vez, la renuncia a todos esos bienes, nunca fué obligado a pensar menos, a sentir menos, a olvidarse de sí mismo en tamaña medida, a vivir tan miserablemente en el fondo encenagado de las trincheras. Pero la guerra ha terminado y el individuo renace. Se anuncia una era de agudo, de febril individualismo, de violenta reacción contra las absorciones de la sociedad. El hombre querrá ser el mismo otra vez. Su corazón se contraerá fuertemente buscándose a sí mismo, en una enérgica sístole antisocial. Se refugiará en el fondo de su personalidad, y si en ella no encuentra agarradero, se asirá al madeiramen flotante de la religión; si es de temperamento objetivo, es decir, modesto, se buscará proyectado en la ciencia; si es de temperamento subjetivo, esto es, orgulloso y lírico, se resolverá furiosamente en el arte; si es predominante sensual, se realizará con avidez en la vida de los sentidos. El individuo, después de su terrible eclipse de cinco años, querrá llenar con su personalidad el universo. Un nuevo romanticismo, una nueva exaltación del hombre en su totalidad, nacerá de esta guerra, como reacción contra ella, de igual modo que el primer romanticismo se robusteció como reacción contra las guerras napoleónicas.

En los pueblos vencedores, el individuo corre el riesgo, sin embargo, de enervarse en la victoria. Antes de la guerra, ser francés, inglés, norteamericano era mucho; ahora quizá sea excesivo. En los períodos de gran potencia o gloria de un pueblo, corren sus individuos el peligro de conformarse con una vida espiritual refleja, emanada de la grandeza colectiva, lo que determina una disminución en el número y la magnitud de sus personalidades. Ese fué el veneno que en el último medio siglo destruyó la capacidad individual creadora de los alemanes. Por una parte, vivían de la herencia espiritual del pasado, sin ocuparse de acrecentarla ni siquiera conservarla; por otra, Alemania gozaba de alto prestigio en el mundo y los propios alemanes creían de añadidura que su grandeza era superior aún al prestigio. Esto los llevó a estimar su condición de alemanes como supremo título de gloria, renunciando a toda aspiración de grandes creaciones individuales. En la última media centuria, Alemania, quebrando su tradición, no ha dado ningún gran filósofo original, ningún gran artista, ningún gran

GLOSAS DEL MOMENTO

"CREPUSCULARIO"

Pablo Neruda vive de dentro hacia afuera, poderosamente. Va por las calles como un ave en el viento. Borracho de la joven fuerza de sus alas y del fluir interior de ocultos manantiales melódicos, cuando mira el mundo lo ve a través de su corazón que canta.

Se dijera que sus pupilas escuchan. Y como la tonalidad íntima es más rica que la armonía de las formas exteriores, casi siempre sus pupilas están oyendo "hacia adentro".

Influido por el sortilegio luminoso de la "Cruz del Sur", parece lleno de misteriosas inmensidades. Para expresarlas, la palabra sólo le será débil ayuda.

Como si yo quisiera volar y a
(mi llegaran
en ayuda las alas de las aves,
todas las alas,
así vinieron estas palabras extran
(jeras
a desatar la obscura ebriedad de
(mi alma.

Si se pudiera traducir su más recóndita y virtual singularidad, debería decirse que todo Pablo Neruda se resume en un pantefístico impulso amoroso.

Su vida total es un dinámico y plural gesto afectivo.

En la familiar aldeona austral ama la florecilla mínima, y el pasional latido de la estrella inaccesible, y la carne de la moza matinal, y el sol "que lo hace cantar", y los vientos que bajan de la montaña temblorosa y pasan galopando sobre la embalsamada ondulación de la campiña y arrastran todos los perfumes todas las voces y todos los sueños, y van a perderse en la noche sobre el monstruoso escalofrío sinfónico del mar.

político, ningún gran pensador social. El individuo se sentía dichoso viviendo parasitariamente de la aureola del conjunto. Este es el peligro que amenaza a los individuos de los pueblos victoriosos.

Para el alemán, como individuo, la derrota será un bien. Ya no le bastará llamarse alemán para pasearse por el mundo rodeado del asombro de todos. Necesitará consumir un intenso esfuerzo personal para que se le preste atención y poseer grandes cualidades individuales para que se le perdone el pasado. Lo trágico para los alemanes será que pretendan de nuevo rehacer el pulverizado prestigio colectivo para subsumirse individualmente otra vez en la gloria de un Estado absorbente y monstruoso, en lugar de querer salvarse en poderosas obras individuales, como hicieron los hombres de genio de la Alemania de fines del siglo XVIII y principio del XIX. Lo trágico para el pueblo alemán sería que sus individuos no reaccionasen humanamente contra una sociedad tiránica y aniquiladora.

Renace el individuo con el término de la guerra. Sólo por esto

Oh! el amor del viento!

Tenderse y dejarse llevar por este viento azul y amargo.

En la ciudad mecánica, burocrática, febril y prostibularia, ama el vértigo y el vicio y la santidad; y la anunciación de cada hora y la promesa de cada día y el fracaso de cada minuto y la sonrisa fugaz y el sollozo perdurable. Mas que nada el sollozo perdurable.

No sólo es seda lo que escribo, que el verso mío sea vivo como recuerdo en tierra ajena para alumbrar la mala suerte de los que van hacia la muerte como la sangre por las venas...

Brujo resonador de veinte años, en quien toda la existencia se resuelve en música, si consiguió elevar a armonía la voz del llanto, no ha logrado impedir que hasta sus versos jocundos quedarán impregnados de un sutil sabor a lágrimas.

Es que la vida es fundamentalmente amarga, y en el ánimo del poeta vienen a estrellarse, magulladores todos los vientos de la vida.

...Y aquí estoy yo, brotado entre las ruinas, mordiendo solo todas las tristezas, como si el llanto fuera una semilla y yo el único surco de la tierra...

"Nuestro corazón se alimenta con sangre de poetas" (1). Así, cuajado en sangre, el canto es más humano. Y así en la humanidad del canto, sentimos como acrecido el desamparado temblor de nuestra carne triste, débil e ilusional.

Fernando G. OLDINI.

(1) Alfonso Reyes.

habría que bendecirla sin límites. Ya puede el hombre encararse con el Estado y con la nación y decirles que en la vida hay más que guerras ejércitos, diplomacia, servidumbre militar, gobiernos, Parlamentos, fronteras. Que hay una actividad que se llama ciencia, especie de policía encargada de tener a raya en nuestra conciencia a la superstición; que hay otra actividad que se llama filosofía, la más inútil de todas las actividades y por lo mismo, como el juego, la más grata; que hay otra actividad que se llama arte, la senda más profunda y sabia del espíritu humano; que hay otra actividad que se llama política, que no necesita precisamente residir en Parlamentos y mentideros públicos, y puede ser especulación ideal y modelación, en gran estilo, de pueblos; que hay otras preocupaciones y placeres, incompatibles con la despótica absorción del hombre en la sociedad. El individuo, que ha sido todos estos años un átomo social, quiere ahora expandirse por todo el cosmos y ser mayor que el cosmos mismo.

Luis ARAQUISTAIN.

CUESTIONES OBRERAS DE ACTUALIDAD

POEMAS PERSAS

LABORES QUE MATAN

Hay muchos trabajos que constituyen un asesinato lento para el obrero: el de vidriero, el de tintorero, el de fabricante de productos químicos, etc. etc.

Aparentemente, estas labores se desarrollan sin peligro, sin la amenaza constante y manifiesta de la muerte que acecha traídoramente a su víctima, como en otros trabajos cuyas características trágicas son proverbiales: el de los mineros, el de los palanqueros de ferrocarril, el de los trabajadores de la aserradora o de la tupí en nuestras modernas usinas, y el de los obreros que trabajan en alturas considerables.

Dos escritores franceses socialistas, León y Mauricio Boneff, después de hacer un estudio prolijo y concienzudo de todos los trabajos que matan, dieron a luz, allá por los años 12 o 13, un libro muy documentado y conmovedor sobre estas materias: "La vida trágica de los trabajadores", obra que se editó en un interesante volumen, después de haberse estado publicando capítulo por capítulo en el notable semanario de sociología que publicaba Juan Grave en París, "Les Temps Nouveaux".

Desgraciadamente, la muerte arrebató en hora temprana a estos dos brillantes escritores y apóstoles de la revolución social, cuando aun podrían haber rendido nuevos y valiosos tributos a la noble causa que sustentaron durante su vida. Uno de ellos, Mauricio, murió en la batalla del Marne, y su hermano León falleció también poco tiempo después.

En Chile, donde el industrialismo no está aún tan desarrollado como en Francia y otros países europeos, no faltan labores asesinas; y hace algunos años, Valentín Brandau, en sus buenos tiempos de escritor independiente y altruista, antes de convertirse en el intelectual burócrata que es ahora, hizo algunas publicaciones llenas de piedad y compasión acerca del trabajo en las fábricas de vidrio, pintando, a grandes rasgos, el suplicio de esas labores que van engendrando lenta pero inevitablemente la ruina fisiológica y la muerte de los pobres condenados a ellas.

Después, que nosotros sepamos, ningún intelectual, médico o profano, ha dedicado atención alguna al estudio de los oficios que matan, que, aquí como en todas partes, siegan todos los días, implacablemente, legiones de vidas preciosas.

Y sería útil que alguien tuviera el valor de emprender un estudio de esta naturaleza en este país en donde el obrero no tiene nadie que se preocupe desinteresadamente de su misera suerte, a no ser en las épocas electorarias, en las cuales brotan con una fecundidad pasmosa los mentores y paladines del soberano pueblo a quien adulan y ofrecen el Paraíso de Mahoma a cambio de una boleta electoral.

LOS PANADEROS

Sin embargo, en las últimas semanas se ha estado tratando por la prensa y en conferencias públicas de la abolición de una de las muchas labores que matan: el trabajo nocturno en las panaderías.

Los obreros del ramo han iniciado un movimiento de opinión en este sentido, y parece que la iniciativa ha tenido un eco simpático en todos los círculos.

Varios patrones se han expresado favorablemente, y no han faltado, como era natural, las farsanterías de políticos y politicantes, que no desperdician ocasión para hacerse querer del soberano con fines que son fáciles de comprender.

El trabajo nocturno en las panaderías es un infamia sin atenuación que debería haberse abolido mucho tiempo ha, por la acción directa de los interesados, quienes no deberían esperar de nadie la concesión, por gracia de un derecho inmanente como es el derecho a la vida.

Obligar a un hombre a pasar todas sus noches en vela, junto a un horno candente, sometido a una labor bestial que le priva de los gozos legítimos del hogar, y le escatima las horas de descanso, enterrándole en vida por un salario de hambre, es algo diabólico que no se concibe cómo ha podido pasar desapercibido en nuestra sociedad saturada de cristianismo y democracia.

Además, este sistema del trabajo nocturno hace ilusoria toda la obra defensiva de los obreros agremiados, porque los que trabajan por meses, método de pago que tienen los que están internos, no solidarizan con los de afuera, y constituyen una ejército de krumiros en contra de sus propios camaradas. Y, por otra parte, contribuyen a bajar el precio de la mano de obra con perjuicio para toda la colectividad.

Es, por consiguiente, digna del mayor aplauso la iniciativa emprendida por los obreros panaderos en pro de la abolición del trabajo nocturno, forma disimulada de esclavitud y de aniquilamiento físico para estos trabajadores.

En lo que no estamos de acuerdo es en el camino en que se han colocado los obreros para conseguir la extirpación de esta ignominia.

Porque los hemos visto golpear en todas las puertas, casi, casi en ademán de súplica, habiendo recurrido hasta a las autoridades locales para que se les conceda un derecho que deberían tomar por su propia voluntad.

Todavía no quieren comprender los obreros que las cosas que atañen a sus intereses, tanto económicos como de cualquiera otra naturaleza, deben ser resueltas por ellos mismos, que son los que trabajan y los que sufren las malas condiciones del trabajo. Necedad sería suponer que los bien hallados en la sociedad fueran a hacerse partícipes de sus dolores, por la sencilla razón de que no los

han experimentado nunca; y en nuestro mundo actual de crueldad y de egoísmo nadie se conmueve sino por lo que siente en carne propia.

¿Que los obreros panaderos no quieren soportar por más tiempo el trabajo nocturno? Pues bien, el camino es expedito. Se reúnen y acuerdan abolir esa forma de trabajo no concurriendo a los establecimientos de panificación en horas que no son de labor sino de descanso. Y si tienen el valor y el espíritu solidario suficiente para triunfar habrán obtenido el objetivo perseguido por su propio esfuerzo, sin tener que reconocerse deudores de la buena voluntad de ningún protector oficioso e improvisado.

Esta es la buena doctrina y la buena práctica. Lo demás es colocarse voluntariamente bajo el tutelaje de sus propios enemigos.

LA REDONDILLA

Los obreros marítimos del norte han obrado desde hace tiempo en la forma que preconizamos, estableciendo un sistema que constituye una verdadera cooperación en el trabajo.

La redondilla no es otra cosa: un método cooperativo por medio del cual se reparten equitativamente el trabajo y, por consiguiente, la ganancia.

Con este sistema quedan abolidos los intermediarios, el favoritismo y el krumiraje. Ninguno deja de trabajar—poco o mucho, según las circunstancias,—nadie es favorecido en detrimento de los demás, todos cooperan entre sí.

Los patrones no han podido ver con buenos ojos esta inteligencia entre los trabajadores, y han tratado, por todos los medios a su alcance, de derribar esta forma de común acuerdo libre, procurando romper la cohesión de los obreros para explotarlos a su sabor.

Argumentando en favor de los capitalistas, y para cohonestar su inconsulta medida de abolir la redondilla, algunos representantes del gobierno han dicho que este sistema de trabajo provoca perturbaciones y desavenencias entre los obreros.

Farsa colosal es ésta, sostenida con todo desearo por el Intendente y el Gobernador Marítimo de Iquique con el fin de desacreditar el movimiento iniciado por los trabajadores.

Porque la verdad está en el polo opuesto de las aseveraciones mentirosas de los dos parásitos que acabamos de mencionar.

Durante todo el tiempo que se mantuvo en vigencia la redondilla las faenas del puerto se desarrollaron en medio de la mayor cordialidad entre los trabajadores, y las labores adquirieron toda su eficacia, según lo acredita el testimonio imparcial del comercio de aquella ciudad.

Sólo cuando se dictó el estúpido decreto que pone en suspensión la redondilla empezó la efervescencia en los ánimos de los trabajadores. Y se produjo la huelga, provocada por el gobierno para satisfacer intereses mezquinos.

¡Ay de aquellos corazones donde la pasión no existe! Que no sienten el hechizo del amor, que es la alegría de la juventud. El día de tu existencia que pasas sin amar es el más inútil de tu vida.

No os dejéis poseer por la tristeza ni que perezosas inquietudes distraigan vuestros días. No abandonéis el libro, los labios de la amada y los verdes declives de un campo, porque la tierra bien pronto os volverá a su seno.

Bebe vino y juega con los bucles de tu amada, que dormirás largo tiempo en el polvo, sin un camarada, un amigo, ni una amiga; piensa bien y no olvides que los tulipanes marchitos no florecerán ya jamás.

Se dice que el jardín del Edén encanta a las hurnas; yo digo que el jugo de la uva y los labios de la amada son los únicos deleites, elige esto que es para ti como dinero contante y deja para otros la promesa del cielo.

Unas gotas de vino rubí, un pedazo de pan, un libro de versos... y tú, en un lugar solitario, vale más, ¡mucho más! que el imperio de un Sultán.

A pesar de que el vino desgarró el ropaje de mi reputación, no lo abandonaré mientras mi alma exista. Me asombran los vendedores de vino. ¿Qué pueden ellos comprar mejor que lo que venden?

...Bebe vino, que es la vida eterna, y lo único que resta de tu juventud pasada. Ya estamos en la estación de las rosas, del vino y de los compañeros alegres: sé feliz un instante... ese instante es tu vida.

Dame vino entonces, ese remedio para mi corazón herido, buen compañero para aquellos a quienes el amor ha engañado; mi espíritu prefiere la embriaguez y sus mentiras a la bóveda del cielo, que es simplemente el cráneo del mundo.

Omar-AL-KHAYAM.

Pero los obreros no parecen dispuestos a ceder, y el conflicto permanece sin solución.

Sabemos que el Intendente de Iquique, don Recaredo Amengual, vejete menrasténico y atrabiliario bravuconea de lo lindo exasperado ante la entereza de los trabajadores.

Y es fama que ha proferido la amenaza de "hacer un escarmiento" entre los "revoltosos".

Y no sería raro que este movimiento obrero inspirado en tan nobles propósitos llegara a culminar en un episodio trágico.

Sería una página más agregada a la historia de los crímenes de la burguesía chilena.

Y este crimen, caso de llegar a consumarse, ¿quedaría sin castigo, como los anteriores?

¡Ah, difícil sería predecirlo!...

F. P.

El Sofisma anti-idealista de Marx

UNA REFUTACION A LAS BASES DE LA INTERPRETACION MATERIALISTA DE LA HISTORIA

"Para la producción social de sus medios de existencia, los hombres, dice Carlos Marx, sostienen relaciones determinadas, necesarias e "independientes de su voluntad"; relaciones de producción que corresponden a un estado determinado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de tales relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política y a la que corresponden formas sociales de conciencias determinadas. El modo de producción de la vida material condiciona "in globo" el proceso social político e intelectual de la vida. "No es la conciencia de los hombres lo que determina su manera de ser, antes bien su conciencia es determinada por su manera social de ser."

Es, como se ve, la exclusión de toda fuerza moral en la determinación de los sucesos humanos. Los sentimientos, las ideas, no tienen eficacia propia ni influencia real alguna en la vida: no son más que apariencias ilusorias de un determinismo materialista sobre el cual carecen de acción. Es el interés, el interés material, el interés económico, lo que mueve el mundo. Es el tema que ha tenido éxito bajo el nombre de concepción materialista de la historia.

El lema en que una grito ensordecedora nos aturde infatigablemente desde medio siglo de germanización socialista.

Es el que Engels, alter ego de Marx, resume así: "Las causas determinantes de tal o cual metamorfosis o revolución social, no deben ser buscadas en las cabezas de los hombres", sino en la evolución de la producción y el cambio".

Hay que hacer notar que esta conclusión se apoya sobre una metáfora, y sobre la cual se razona como si se tratara de la realidad misma. De hecho no existe "superestructura" social. No hay más que una expresión metafórica y metafísica. Basta observar los hechos reales para ver cómo se desvanece tal miraje. Las ideas, en el mundo real, lejos de aparecer como un "caput mortuum", aparecen como elemento viviente, como una fuerza autónoma.

Ciertamente el hombre no es puro espíritu, y sus ideas con sus sentimientos expresan la influen-

cia del medio material, del régimen económico. Pero por más pronunciada, por más notable que sea tal influencia, dista mucho de ser absoluta. "Tan sólo de pan no vive el hombre". Hay otras influencias fuera de las económicas; hay otras necesidades fuera de las materiales. Y si el hombre es como se ha dicho, "hijo de la bestia", su naturaleza está muy lejos de la simplicidad bestial. Su naturaleza, compleja, tiene, al lado de sus necesidades materiales, necesidades afectivas, necesidades intelectuales. Las unas y las otras intervienen en las reacciones que produce el medio, y atestiguan su existencia visible en la escala de la vida.

Es que el hombre no es "simple animal egoísta"; es naturalmente sociable; nace sociable como todo animal bisexual, y se torna así, en más y más "sociable", es decir, susceptible de altruismo y de egoísmo.

Es que está también dotado de razón, vale decir de la facultad de razonar.

Y de esta triple naturaleza del hombre, despréndese en la conducta de la actividad humana tres órdenes de móviles: móviles egoístas, móviles altruistas, móviles impersonales o idealistas.

¿Ideas puras? ¿Razón pura? No: Nosotros dejamos esto a los metafísicos. Pero sí, dinámica cerebral.

"Después de los sabios estudios de M. Fouillée y de M. Tarde, no es posible ignorar que las ideas son fuerzas, y las imágenes sugestiones cuasi hipnóticas". (Th Regolin, "Solidarios", pág. 159).

Esta vida y esta actividad autónomas de las ideas, podemos, como lo dice Marx, constatarlas de inmediato en el dominio económico que Marx declara "independientes de la voluntad" de los hombres.

"Un fenómeno económico, dice muy acertadamente G. de Greef, no es un fenómeno puramente material." Y precisa: "Los fenómenos económicos, que con la escuela de Marx considero como fenómenos fundamentales de la estructura y de la vida colectivas, implican elementos ideológicos." Y agrega, precisando aún más: "Desde el momento que un fenómeno es "social" no es jamás puramente material."

Nada más exacto. Ello lo es tanto que Espinas pudo decir en su admirable libro "Las Sociedades animales", que una Sociedad es "un organismo de ideas" y que Eliseo Reclus, en "Evolución y Revolución" ha podido por su parte escribir con razón: "Es la savia lo que hace al árbol, son las ideas las que hacen las sociedades. "Ningún hecho de la historia está mejor constatado."

¿A qué se reduce, pues, la afirmación de Carlos Marx, negando, en las relaciones de producción, el papel de la voluntad? ¿No se ha confundido de nuevo fatalismo y determinismo? Fatalismo: es decir, concepción simplista de la ca-

sualidad. Determinismo: es decir, negación del absolutismo y de lo arbitrario en la naturaleza, concepción compleja, concepción sintética de la etiología de los fenómenos.

El simplismo económico, el simplismo materialista de Marx es tan falso, tan absurdo, como el simplismo de los idealistas puros. Negando la casualidad de la conciencia y de la voluntad, se desconoce esta verdad biológica elemental: que el hombre no es puramente pasivo, que está dotado de actividad, de movimiento propio, de iniciativa; se desconoce esta verdad psicológica; que toda acción consciente es un complejo de factores eficientes, personales y psíquicos; se desconoce, por último, esta verdad sociológica: que la vida social reposa sobre la psicología colectiva de la cual emana en cierto modo la flor del "tallo".

Reconocer por lo contrario, en mérito al buen sentido, la parte, por mínima que sea, de la ideación y del pensamiento personal en la determinación de los arreglos humanos, es negar la fatalidad de los fenómenos económicos, es destruir en su base el sofisma anti-idealista de Marx, es conceder a la voluntad razonada del hombre su dignidad y sus derechos.

¿Sea! se nos dice. El "materialismo" estricto, el materialismo puro es un error, pero sólo lo es el "economismo". Ciertamente, las ideas tienen su independencia relativa y su papel autónomo en la producción de los fenómenos económicos pero una vez producidos estos, los otros fenómenos sociales, los otros fenómenos colectivos, no son más que fenómenos independientes de la voluntad animal para entrar en el orden de la voluntad psíquica y de la dinámica cerebral.

Sí, el hombre es un animal sometido a sus necesidades materiales, demasiado lo sabemos, pero es también un ser pensante, un ser dotado de conciencia y de razón, susceptible de concebir y querer lo "justo" en todos los dominios, en toda la plenitud del término, de tener una ideal—una idea abstracta, una idea sintética—de equidad y de justicia, de nobleza y de superioridad.

Los que no se interesan por las ideas abstractas son retardatarios, minúsculos seres en quienes aun dormitan las virtudes humanas, no son más que larvas de humanidad, y ellos no son los que forman la historia humana.

Quienes hacen esta historia son los creadores del porvenir, son aquellos a quienes anima una idea, una idea abstracta, tanto más poderosa cuanto más sintética y justa.

La idea por más que digan los marxistas, conduce el mundo.

Las ideas, pues, si dependen de la presión económica no dimanan de ella.

Y si no: ¿por qué los hombres y los partidos no luchan tan sólo por causas económicas sino que

lo hacen también por causas sentimentales e intelectuales?

La independencia recíproca de la lucha política y de la económica es tan patente, tan real, que véase perpetuamente a hombres y a grupos de hombres sin recato alguno sufrir las consecuencias de una de las causas y repudiar la otra.

Ningún hombre sensato pretenderá que todos los "liberales", todos los partidarios de las libertades políticas, se hayan vuelto tales bajo el imperio de intereses materiales, nadie sostendrá que no existan entre ellos—y en gran número—hombres cuya actitud sea dictada por el ideal mismo, por altas preocupaciones de ideas, filosóficas y morales, sin cuidado ni influencias de orden económico.

Las circunstancias económicas no bastan en manera alguna para explicar las filosofías, las morales y las religiones.

Y si las circunstancias económicas no bastan para explicar las filosofías, ni las religiones, ¿cómo explicarán ellas las concepciones jurídicas y morales?

Sería difícil, por ejemplo, concebir el derecho divino sin la religión, como sería difícil concebir una moral verdaderamente humana fuera de una concepción sintética que la justifique y la inspire.

Y no solamente la economía deja de explicar las concepciones jurídicas y morales reinantes, sino que son estas concepciones jurídicas y morales las que dan la clave del régimen económico y ordenan su funcionamiento.

La fuerza motriz de nuestros actos está en nosotros; está en la necesidad diversa de nuestra naturaleza.

El derecho de propiedad no nace del derecho en sí, nace de la fuerza autoritaria de los primitivos hombres. Esa fuerza obedecía a un instinto de superioridad: la fuerza moral sin la cual todo régimen económico no es más que un cuerpo sin alma, un cuerpo sin vida.

La verdadera causa, no primera pero "eficiente", de toda esclavitud social está en "el espíritu que la justifica", en la razón, la razón extraviada, ilusionada, que la apunalla, la sostiene y le da fuerza de vida.

"Primum vivere, deinde philosophare". Eso desde luego si filosofar significa hacer metafísica. Mas no, si significa buscar lo justo; lo justo bajo sus múltiples aspectos, ¿no es la ley misma de la vida, la ley misma de la fuerza? ¿Y el ser animado no sufre esta ley, y no tiene de ella el instinto?

Ese instinto es el germen de la fuerza moral, es el germen de la dignidad humana. El solo hecho de su existencia hace del animalismo materialista una aberración y un contrasentido.

PAUL GELLE.

NO SE ARREPENTIRA UD.

Si compra su calzado en la Zapatería

'EL SOVIET'

Casa N.º 1 | Casa N.º 2
SAN DIEGO 658 | SAN DIEGO 428

NOTA. — A toda persona que presente este aviso

EN LA ZAPATERIA EL SOVIET se le hará una rebaja apreciable por cada par de zapatos que compra.

TIPOS HUMANOS: EL CHARLATÁN

Se podría creer que charlatán es sólo aquel individuo que se instala en una calle o en una plaza y hace abuso de su falaz elocuencia para realizar la venta de objetos despreciables y sin valor. Parecen ya inseparables el provecho material y esta disciplina sorprendente que demanda buenos pulmones, imaginación y exuberancia de léxico al mismo tiempo que desenfado, oportunismo y falta total del sentido del ridículo que a tantos entraba el paso y limita la vida. Pero hay charlatanes de otra calidad, que persiguen distintos objetivos, emplean otras armas y venden otras chucherías buscando provechos de diversa índole. De este tipo nos ocuparemos hoy, tratando de delinear sus contornos y de fijar su fisonomía.

El charlatán pulula en medio de los círculos estudiantiles e intelectuales, con vistas a la sociología y al arte. No hay sólo uno. Siempre se encuentran unos dos o tres que parecen disputarse entre sí el mercado humano del cual piensan pelear. Se abandona un círculo porque en él la verborrea de un charlatán ha creado resonancias insoportables, pero al pasar a otro se encuentra la beaévola y sonriente fisonomía de otro charlatán gesticulador y afiebrado en su incesante peroración de toda hora. No hay donde refugiarse. No queda un rincón donde se goce de paz y de silencio. Se ama la soledad en vano; inútilmente se persigne el reposo y la obscuridad si es posible. El charlatán se filtra por todas las rendijas y parece ser una sombra que pegada a nuestros cuerpos corre cuando corremos y agita los brazos al compás de nuestra desesperación.

El charlatán es impasible y no conoce la piedad. Inútil será que a su llegada pongamos una cara fosca y que le roguemos con los ojos el silencio. Acaso torturada nuestra alma por un pensamiento de amor, querramos concentrar en la mujer distante un homenaje tierno. Esta angustia que sentimos pide el silencio y desprecia todo obstáculo entre nosotros y quien la causa. Pero ¿cómo detener la inagotable y tumultuosa charla de este ser demoníaco que no conoce la discreción? La mínima cortesía que nos es conatural nos impide decirle que se calle, que se aleje, que anhelamos el reposo que su discurso nos quita. Y tenemos que aguantarle a nuestro lado, turbulento, inquieto, movedido, hablando sin fin.

El charlatán ha encontrado un auditorio y no lo abandona, no lo puede abandonar. Su ansia de expansionarse ya tiene un campo en donde se vertirá con seguridad. Está convencido de que no le escuchamos, de que nos tiene sin cuidado lo que diga, todo lo que de sus labios brote. Pero no importa. Somos un pretexto, un término decorativo. Sería demasiado impúdico el que se le viera solo en medio de la calle hablando y hablando; la gente se reiría de él; se le llamaría loco o al menos maníaco. Teniendo un auditorio— aun cuando sea unipersonal—ya puede tranquilamente el charlatán

informarnos, darnos soluciones, exponer sus puntos de vista sobre todas las cosas humanas, hacer y deshacer de todos los problemas del momento.

El charlatán—¿no lo hemos dicho aún?—es omnisciente. A todo encuentra una salida más o menos ingeniosa, más o menos impracticable, pero siempre “nueva” y “personal”. El ingenio lo creará un talento y se encargará de ir esparciendo su fama de sabio y de profundo. Se plantea un problema, y el charlatán expondrá sus pensamientos al respecto y los defenderá calurosamente por medio de discursos repetidos con insistencia en cien oídos distintos. Formará acaso una convicción y hará tal vez triunfar su punto de vista gracias a la ductilidad espiritual de quienes lo han escuchado. Porque el charlatán no escoge su público ni pide calidad alguna a quien le quiere prestar atención. Necesita oyentes, se desvive por procurárselos, no retrocede ante ningún obstáculo para tener oídos que marchen a su lado aparentemente atraídos por su charla torrencial.

El charlatán es inevitable y parece estar dotado del don de la ubicuidad. En todas partes se le halla, a cualquier hora del día y siempre, siempre, siempre hablando. ¿Qué potencia le sostiene en su charla sin freno? ¿Cómo no se agota y cae desmayado, sin aliento, sin voz, exangüe por el esfuerzo que realiza? Una mano invisible le sostiene y le hace sobresalir, gracias a la floración lujuriosa de su palabra más o menos encantadora, entre el tumulto de las asambleas y el ritmo febril de las discusiones. Donde haya que hablar está él; en todas partes figura, codeándose con personajes y hombres discretos que le sonrían banalmente y le compadecen—sí, le compadecen—en su intimidad.

El charlatán nos persigue implacablemente. A un escritor que nos desagrade no le vemos. Al ver su nombre al pie de una producción arrojamos con energía el libro o el periódico al suelo, y todo está terminado. ¿Pero qué hacer con el charlatán? La cortesía—que es la manera gárgana de denunciar la hipocresía que crea necesariamente la convivencia—nos impide repudiarlo, decirle con palabras que nos molesta, que no se debe creer con derecho a cansarnos. Y sólo se le podría decir todo esto con ruda y grosera claridad porque el charlatán es impermeable a la alusión delicada y no comprende el gesto de desolación que a veces se olava entre nuestras cejas al oír su voz sin cesar reproducida.

El charlatán, siervo equívoco de cierta sobajada máxima emersoniana, ha llegado a dejar dominar su alma por el demonio de la expresión avasalladora y florida. Vive sólo para hablar. Todo problema es para él cuestión de palabras más o menos bellamente dispuestas en frases armoniosas o no. (Para el charlatán su oratoria encierra elocuencia y por lo tanto belleza.) Su carácter predominantemente escénico le hace ser amane-

rado. Su amor monstruoso por la palabra le da un tinte de galanura que puede conducirlo a extremos por demás extraños. Y en realidad el charlatán es algo así como un enfermo a quien el morbo arrastra al deporte—inocente como todos los deportes, pero insoportable—o al vicio (como se le quiera llamar) de hablar sin fin sobre todas las cosas.

El charlatán—se nos dirá—¿quién es; cómo se llama? El que

lea sabrá quien es y cómo se llama el charlatán; sabrá dónde se le encuentra y qué traje viste; adivinará qué hace y también cuál es el objetivo más o menos lejano de su inagotable flujo verbal que avasalla la conciencia gregaria de la multitud y la arrastra en su Pegaso aéreo a través de las perspectivas de ilusión falaces y torpemente diseñadas por sus gestos tribunicios y doctrinadores.

RODIA.

La Puerta

Mientras el grito helado del invierno
Su gélido pregón extiende afuera,
Y en tanto que la noche
La luz del fuego con su sombra aumenta,
A veces de improvviso
Con misteriosa y tímida cautela,
Sin que nadie la empuje
Se entreabre la puerta.

Uno dice: “Es el viento.”

Otro replica: “¡Cierra!”

Con honda expectativa

Yo miro a ver quién entra.

Los recuerdos que ya no recordamos
Tristes tal vez a reprocharnos llegan,
Los recuerdos que un día
Fueron dulzura en medio de la pena.

Quizá con su reclamo doloroso

Vuelve a nosotros toda la dispersa

Vibración que dejamos por la vida,

Acaso la emoción sencilla y buena

Que no encontrara eco en otras almas

Silenciosa regresa. . . .

O bien con invisible dulcedumbre

Vienen de nuevo a visitar la senda

Los que se fueron más allá del límite

De la existencia;

Tal vez aquel que un día de septiembre

Se fué a buscar la Primavera eterna.

Uno dice: “Es el viento.”

Otro replica: “¡Cierra!”

Con honda expectativa

Mis ojos escudriñan el vano de la puerta.

MARGARITA ABELLA CAPRILE

VIVIR ETERNAMENTE?

Lo que han descubierto los hombres de ciencia acerca del secreto de la juventud eterna

I

¿Quién no habrá llevado los ojos de la fantasía cien años más allá de la fecha actual, pensando cómo estará entonces el mundo y diciéndose: ¿No viviré yo entonces? Y, sin embargo... ¿por qué no? ¿No soy un hombre robusto, en la flor de mi vida, sin ninguna enfermedad, que yo sepa, con un estómago estupendo y un corazón que impulsa mi sangre con el acompasado ritmo de una máquina de vapor? Y sin embargo... no veré el año 2000.

¿Es que somos como un reloj, que tiene cuerda para un espacio determinado de tiempo?

Frecuentemente oímos hablar de personas que pasan de los cien años. Sabemos que los sequoias gigantes de California viven millares de años. El doctor Eugéne Lyman Fisk nos dice que no hay razón para que no vivamos siglos. ¿Por qué, pues, estamos tan ciertos de que no hemos de ver el próximo siglo?

Mister Remington nos ofrece, en una revista americana, una curiosa revista de todo lo que la ciencia ha descubierto para aclarar esta cuestión: "¿Por qué no vivimos eternamente?" Veamos en ese extracto lo que nos dice.

En primer lugar, se calcula que la vida media es de sesenta años para los varones y de sesenta y cuatro para las hembras; pero esta vida media decrece, lo cual es un paradójico resultado de toda nuestra ciencia moderna con su higiene y sistemas perfeccionados de medicina y cirugía. Entonces se preguntará: ¿de qué nos sirven estos progresos si no sólo no nos alargan un año la vida, sino que casi nos traen más pronto la muerte?

Esto se explica por dos causas. En primer lugar, los sistemas modernos de puericultura salvan a una porción de niños débiles, que de otro modo habrían muerto en la infancia, pero que al llegar a mayores no tienen la resistencia suficiente para vencer las enfermedades de los adultos. En segundo lugar, la vida se ha hecho tan compleja y tan activa, que el cuerpo humano no ha podido adaptarse todavía a la velocidad con que nos arrastra. Es el peso que mata.

El doctor E. E. Riblenhouse nos dice que el 40 por ciento de las muertes son evitables o podrían haberse evitado, y el doctor Eugéne Lyman Fisk afirma que de 28 millones de hombres entre los diez y ocho y los sesenta años de edad, ocho millones y medio tienen síntomas de la aproximación de una enfermedad orgánica o la padecen ya.

Las enfermedades arteriales y la diabetes aumentan de un modo alarmante, y éstas, en unión de las del corazón y de los riñones, son resultado directo de la tensión y actividad de la vida moderna.

Los sabios fisiólogos han escrito tratados enteros para probar que todos somos potencialmente inmortal

tales y que viviéramos centenares y aun millares de años si evitásemos ¡oh cuántas cosas!

Menciónanse las vidas de viejos famosos. El ejemplo clásico es el de Cornaro, que vivió confortablemente hasta los noventa y ocho años. Su secreto era la dieta, que se limitaba a doce onzas de alimento al día. Un ejemplo vivo es el conde Greppi, senador y diplomático italiano, que está sano y fuerte a los ciento un años. Este señor dice que la regla de su vida ha sido ahuyentar las sensaciones. ¿Asegura que no ha amado jamás!

Si el precio de pasar del siglo es abstenerse de todos los gozos y alegrías de la vida, ¿vale la pena vivir?

Pero no es solamente la Humanidad la que envejece y muere. De este destino fatal participan todos los seres animales y vegetales. Cada especie tiene su vida media, que, según Weissman, es el plazo que el ser animal necesita para reproducir su especie y dar a las crías los cuidados necesarios. Entre las plantas, los hongos viven pocos días; pero en cambio hay otras, anuales, bienales y perennes, entre las cuales puede mencionarse el baobab, que vive cinco mil años. Muchos insectos no viven más que unas horas en estado perfecto. Las efímeras, al salir de su estado de larvas en el agua vuelan lo suficiente para encontrar compañera, y mueren inmediatamente. Ni siquiera comen, pues no tienen aparato digestivo. En cambio hay insectos ortópteros, de la clase de la langosta, que viven diez y siete años desde el día en que son incubados. Las anguilas viven sesenta años; el sollo, doscientos; las tortugas, más de doscientos; las aves pequeñas viven siete u ocho años; las águilas, más de un centenar; las ballenas, varios siglos; los caballos, de quince a treinta años, y los elefantes, de treinta a cuarenta, aunque se cree que viven cien años.

Pero descendiendo en la escala de la vida encontramos seres que no mueren nunca y otros que son muy difíciles de matar. Las rotíferas, por ejemplo; muchas bacterias y algunos hematodios pequeños pueden ser desecados y guardados en un sitio seco largo tiempo, en la seguridad de que revivirán al volver a la humedad. Los seres unicelulares son inmortales, siempre que no se los coma algún enemigo.

Autoridades de la talla de Loeb y de Carrel afirman una cosa maravillosa: cada célula simple de nuestro cuerpo es o puede ser inmortal. El doctor Carrel conserva fragmentos del corazón de un embrión de pollo cortados hace ocho años, y aún viven y se desarrollan. Leo Loeb ha probado la inmortalidad de las células del cáncer. Hígados extraídos del cuerpo y sometidos a la circulación artificial segregan bilis y producen urea; los riñones en iguales circunstancias segregan orina, y los corazones siguen latiendo.

Y ciertos órganos extraídos de hombres ya muertos, conservados en hielo durante días, implantados o injertados en los cuerpos de otros hombres han vivido. Las glándulas de reproducción han si-

do trasplantadas de los cuerpos de jóvenes muertos a los de viejos vivos, y no sólo han sobrevivido, sino que han rejuvenecido a sus portadores.

Esto demuestra que la muerte del cuerpo no envuelve la muerte inmediata de todos los tejidos y órganos.

Luego si cada una de las miríadas de células de nuestro cuerpo es inmortal, ¿por qué no viven como grupo? Para comprender es-

ta aparente paradoja tenemos que estudiar el proceso que se desarrolla en nuestro organismo desde antes del nacimiento hasta el momento de la muerte. Friedrich von Mueller ha dicho que la vejez comienza en la adolescencia. Casi podría decirse que comenzamos a morirnos desde el punto que nacemos, porque la muerte es el punto culminante de un largo período de degeneración.

M. MEDINA.

ACTUALIDAD INTERNACIONAL

LA CRISIS ALEMANA

El origen de la espantosa crisis en que actualmente se encuentra sumida Alemania se reduce a la resolución dada por el gobierno al asunto del Ruhr. El Reich juzgó imposible, a fines del mes pasado, mantener la resistencia pasiva con que la nación derrotada hacía frente a los ejércitos de ocupación franceses y belgas que habían intervenido para apoyar la petición del pago de las reparaciones bélicas. Terminada la resistencia, los elementos alemanes de la zona ocupada se han ido poniendo a las órdenes de los funcionarios "aliados" a fin de ayudarles en su misión.

De un lado la actitud del Reich tuvo la acogida del recurso final que se esgrime en circunstancias desesperadas, pero de otro provocó la reacción violenta contra una política que se considera funestamente dirigida. Pertenecen a esta segunda tendencia espiritual importantes dirigentes políticos de Baviera que no han retrocedido ante actuaciones separatistas de represión imposible para el Reich, amagado por mil problemas angustiosos que esperan sus respectivas soluciones. En el primer grupo figuran los partidos de centro y de izquierda que han ejercido presión sobre el gabinete que presidía Stresemann para obtener de él la derogación de algunas medidas de emergencia de carácter dictatorial y la adopción de otro criterio para solucionar la crisis.

Entre tanto, hay una intensa agitación obrera, más o menos subterránea o declarada, nacida al calor del caótico momento presente. El manso pueblo alemán se encuentra desorientado y exasperado. Ha perdido al mismo tiempo que la paciencia mecanicista y obscura que le distinguiera, la seguridad en quienes le dirigen, y por eso no es raro que hasta en su mentalidad pacata prendan rojos ensueños de reivindicaciones violentas. Sin embargo, la directiva de esta agitación puede encontrarse en manos sospechosas, y entonces en lugar de romperse el equilibrio de la maltrecha balanza germana hacia el lado de un comunismo más o menos libre, se inclinaría su fiel hacia el lado de un nuevo fascismo. Hay indicios que permiten prever esta desgraciada contingencia, y quién sabe si en el momento en que estas líneas se lean, ya Alemania no será sino un nuevo campo de odiosa tiranía fascista. Al menos la católica Baviera, cada día más disgregada del conjunto germano, se refocila bajo la dictadura de Von Kahr que cuenta con una sólida opinión

en su apoyo. El Reich mismo, bajo la presidencia de Ebert, no hace otra cosa desde la segunda quincena de Septiembre sino adoptar medidas restrictivas de la libertad individual que abren una amplia perspectiva a cualquier intento fascista que sólo vendría a coronar la actitud revelada.

Los movimientos gubernativos de Francia han continuado, durante todo este tiempo, empujados a sustraer íntegramente al país de Montaigne del radio de nuestra simpatía. Jamás ha habido un imperialismo más odioso que el de Monsieur Poincaré, solapado, mezquino y cruelísimo al cebarse en el difuso conglomerado alemán aniquilado por una derrota acaso tan grande como la ensoñación de hegemonía que animó al Kaiser hasta la guerra de 1914.

La intransigencia de Francia es la culpable de la catástrofe a cuyo borde se encuentra Alemania, del caos de sus finanzas en bancarrota hace ya tiempo y del despotismo en que, tal vez, de un momento a otro, puede caer el pueblo de Goethe y de Beethoven.

Algunos buenos espíritus habían dicho no hace mucho que "la victoria no crea derechos", queriendo instaurar así para las relaciones internacionales nuevos criterios de elevada moralidad. Pero Francia con su fiereza irremediable nos hace presente que la victoria da todos los derechos, tal como en los días medioevales en que los invasores de Europa diezaban las poblaciones recorridas jactándose de que por donde ellos pasaban no volvía a crecer la hierba. ¿No irá a tener ningún castigo la inútil cólera de Francia contra un pueblo indefenso y en último término irresponsable de los errores de sus gobernantes de hace dos lustros?

La situación de Alemania, con discordias dentro de su casa y a la puerta el enemigo que, arma al brazo, quiere aún saciar en ella su sed inextinta de venganza, no puede ser más angustiosa e insegura. ¿Qué irá a suceder? Nadie lo sabe y cuando en ello se piensa sólo se domina un espectáculo de desolación y de muerte coronado por el espectro sangriento de la nueva carnicería bélica a que la ciega intransigencia francesa parece seguramente conducir.

ESPECTADOR.

Sastrería CHILE

ALEJANDRO CEPEDA
San Pablo núm. 1139, entre Banderera y Morandé.—Santiago
Casimires nacionales y extranjeros. — Materiales de primera. — Precios económicos. Recibo hechuras.